



INTELECTUALES,  
MEDIADORES Y  
ANTROPÓLOGOS.  
LA TRADUCCIÓN Y LA  
REINTERPRETACIÓN DE LO  
GLOBAL EN LO LOCAL

Mónica Martínez Mauri  
Eugenia Rodríguez Blanco  
(Coordinadoras)

7

# **“MARCANDO LENTAMENTE LA OBRA DE NUESTRA REORGANIZACIÓN”: INTELLECTUALES SUBALTERNOS AFROPORTEÑOS Y LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO NACIONAL ARGENTINO A FINES DE SIGLO XIX**

LEA GELER

Universitat de Barcelona<sup>1</sup>

## **INTRODUCCIÓN**

En el presente trabajo nos focalizaremos en la comunidad de descendientes de esclavizados y esclavizadas de origen africano que habitaba en la ciudad de Buenos Aires entre 1876 y 1882 (época de consolidación del Estado como aparato de control y administración centralizado), cuya presencia e historia en la Argentina hoy día se encuentra negada e invisibilizada. Lo haremos a través del análisis de los periódicos que esta comunidad editaba en aquel período (*La Broma*, *La Juventud*, *El Unionista*, *La Luz* y *La Perla*), publicaciones de corte social dirigidas y redactadas por algunos periodistas afrodescendientes que tenían objetivos específicos para con su comunidad. Propondremos que quienes fundaban y estaban a cargo de estas publicaciones pueden ser estudiados como intelectuales subalternos y que esta decisión nos permite ampliar la mirada sobre problemas histórico-antropológicos y acceder a nuevas y variadas vías de análisis y comprensión.

## **1. INTELLECTUALES SUBALTERNOS**

En su estudio sobre la formación de los intelectuales, Antonio Gramsci (1974) hacía explícita su forma de entender la intelectualidad: para el filósofo no podemos encontrar las características definitorias de un intelectual ni en la calidad ni contenido de sus discursos. Por el contrario, el trabajo intelectual debe

---

<sup>1</sup> Este trabajo se inscribe en el proyecto I+D del Ministerio de Educación y Ciencia de España (HUM2006-12351).

ser situado en “el conjunto del sistema de relaciones en el que ellos -y por consiguiente los grupos que les personifican- vienen a unirse al complejo general de las relaciones sociales” (1974: 25). Es decir que, a través del análisis del lugar que ocupan ciertos individuos en el entramado de relaciones sociales, se pueden detectar y definir a los intelectuales según estén cumpliendo ciertas actividades en un grupo determinado y en un período dado. Siguiendo esta línea, Steven Feierman expresa que “(l)os intelectuales se definen por su lugar en el proceso social en desarrollo: se dedican a actividades reconocidas de los ámbitos organizacionales, directivos, educativos o expresivos. Maestros, artistas, líderes políticos, curadores tradicionales y burócratas son intelectuales según esta definición” (1990: 18). Así, poseer un saber específico o haber aprendido algo -por más pequeño que sea- de los modos, códigos, normas, del grupo hegemónico, ubica a ciertas personas de grupos subalternos en un lugar de mayor estatus o privilegio (simbólico o concreto) frente a su grupo de pertenencia. De este modo, en ciertos contextos, saber leer y escribir, poseer un oficio calificado, tener ciertos “contactos” extra-grupales, haber tenido un trabajo en el Estado-burocracia, etc., se pueden convertir en puntos de inflexión en la caracterización de ciertos sujetos y en su posicionamiento frente a su comunidad y también frente al resto de la sociedad.

Feierman (1990) indica que los intelectuales subalternos (campesinos en su caso) son los que se encuentran en mejor posición para conformar un discurso político de cambio en un contexto de dominación ya que, para el autor, los intelectuales subalternos son justamente el nexo entre discurso público y dominación:

“Los intelectuales campesinos, definidos socialmente de esta manera, median la relación entre dominación y discurso, entre la creación activa de lenguaje político y la continuidad de largo plazo, y también entre la sociedad local y el mundo más amplio” (Feierman, 1990: 5).

El papel de mediadores de los intelectuales ha sido asimismo resaltado por Florencia Mallon (1995). Para la autora, la singular posición en que se encuentran estas personas con respecto a su grupo de pertenencia y al resto de la sociedad, les dota de una carga de poder

extra que les garantiza su estatus. Sin embargo, Mallon sostiene que en el rol de los intelectuales se encierra una contradicción ya que, si bien son mediadores, también imponen y transforman discursos. Esta contradicción se basa en que al defender los intereses de su comunidad en arenas de discusión más amplias se acrecienta su visibilidad e incursión en debates más extensos, una actividad negociadora que podría transformarlos, a la larga, en agentes del poder hegemónico. Es por esto que, según Mallon (1995), la mayoría de los intelectuales subalternos coexisten cotidianamente con la contradicción de vivir en el límite de la solidaridad con su grupo y la vigilancia del mismo. Por ejemplo, el uso por parte de los intelectuales subalternos de discursos hegemónicos -como los discursos raciales o de género- los ata más fuertemente a las redes de control social y disciplinamiento, que fueron particularmente fuertes a finales del siglo XIX. En este sentido, hay que tener en cuenta que los impulsos de dominación hegemónicos sólo pueden ser efectivos si parcialmente incorporan o negocian con los impulsos contrahegemónicos, y ahí es donde encuentran un papel fundamental de mediación los intelectuales subalternos (Mallon, 1995), ya que éstos no son sólo “portavoces” de las demandas de su grupo, sino que son “agentes” de cambio social (Feierman, 1990). Según Marshall Sahlins, son “agentes históricos”, personas que a través de acciones interesadas pueden modificar o perpetuar categorías culturales (en Feierman, 1990: 13).

En nuestro caso, la caracterización de los periodistas afrodescendientes como intelectuales o mediadores-agentes históricos nos conduce al tema de la esfera pública burguesa porteña decimonónica, un espacio en cuyo seno la sociedad civil se comunicaba y discutía a través de diversos mecanismos, entre los cuales destacaban los periódicos (Sábato, 1998). En la Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX, las publicaciones periódicas eran entendidas como un medio fundamental de generación de cambio en la sociedad, así como un espacio de discusión, de presión y sostén de una opinión pública que representaba a la sociedad civil y que podía mediar entre ésta y el Estado (Sábato, 1998). Sin embargo, los periódicos afrodescendientes discurrían paralelamente -la mayor parte del tiempo- a la esfera pública donde circulaban los grandes periódicos nacionales o locales pertenecientes a los grupos hegemónicos y a

periódicos de otros grupos subalternos, ya que lo hacían por un ámbito comunitario localizado y relativamente pequeño pero que proporcionaba las herramientas para -llegado el caso- hacerse escuchar en la esfera pública hegemónica (Chamosa, 1995; Geler, 2006). Así, la necesidad de sostener este medio de comunicación como herramienta para “empezar a hablar” en la esfera pública burguesa ubicaba a sus directores, fundadores y colaboradores en un lugar privilegiado en la sociedad afroporteña. Dirigir o redactar periódicos redundaba en prestigio y estatus ya que la posición que se pasaba a ocupar en cuanto portavoces de la comunidad frente al resto de la sociedad confería a estas personas de un poder muy importante<sup>2</sup>. Pero los periódicos no eran sólo una forma de mostrarse al mundo extracomunitario, eran también un medio indispensable de comunicación y de identificación intracomunitaria, conformándose su ámbito de circulación en una contra-esfera pública subalterna y potencialmente contra-hegemónica (Fraser, 1992; Geler, 2006). Y, sobre todo, los intelectuales subalternos afroporteños, convencidos de la “misión apostólica del periodista” (Halperín Donghi, 1985: 161), pretendían utilizar el poder que tenían para instruir a su comunidad en los valores que se consideraban correctos -invariablemente, según los grupos hegemónicos ligados al Estado-, proponiéndose a su vez -aunque no ahondaremos en esto aquí- como sus defensores frente a las discriminaciones de que los afroporteños eran objeto (Geler, 2006).

## 2. POR EL PROGRESO DE LA COMUNIDAD

Cuando estudiamos a los periódicos afroporteños como un conjunto con una dinámica particular y bajo la luz de ver en sus redactores, periodistas o fundadores a intelectuales subalternos se nos hacen muy claros los objetivos que éstos perseguían y los lineamientos sobre los que trabajaban.

---

<sup>2</sup> Debemos aclarar que no era solamente a través de los periódicos que estos intelectuales afroporteños acumulaban prestigio social, sino que existían diversos medios: la publicación de folletos literarios o políticos, de poemas o cuentos; la destreza en algún instrumento de música, la composición musical o la dirección de alguna orquesta, el baile o la dirección de alguna asociación (no importa de qué tipo), la pintura o escultura, un puesto u oficio en el Estado o las milicias, etc.; actividades éstas que los situaban más fácilmente en el campo de visión y acción de la esfera pública burguesa.

En principio, debemos destacar que -al igual que lo que sucedía en el resto de la sociedad- para estos hombres la prensa era una herramienta válida para generar cambio social, de moralización y educación para una comunidad a la que decían representar pero a la que veían alejada del “progreso” debido a supuestas viejas costumbres y malos hábitos; una visión que era repetida constantemente desde los periódicos, como dejaba explicado el redactor de *La Luz*:

“El que vive sumido en la ignorancia ¿acaso podrá llamarse racional e inteligente, hombre ni ciudadano? (...) Es indispensable hacer que desaparezca esta rémora vergonzosa, con el estímulo literario, con la mayor propagación posible de las bibliotecas y con las publicaciones de *obras* populares; moralizando la prensa; perfeccionando a la par y corrigiendo en sus defectos orgánicos el arte tipográfico. Preciso será pues, que la prensa se haga cargo de vulgarizar hasta los arcanos más recónditos de la ciencia, dando a cada uno y a todos aquel alimento intelectual que pueda serle útil en la vida práctica”<sup>3</sup>.

Así, estos intelectuales tenían la intención explícita de hacer “progresar” a su comunidad, a la que veían atrasada y ligada al mundo bárbaro del que había que alejarse, según el binomio civilización/barbarie que signaba el cotidiano argentino y que era retomado y resignificado por una comunidad que bien podía sentirse interpelada por estos paradigmas de exclusión que progresivamente daban base a un Estado-nación consolidado. *La Broma*, por ejemplo, exponía felicitándose por su labor:

“Parece que va despertando nuestra sociedad del letargo en que yacía (...) Esto nos demuestra que nuestro trabajo no es estéril (...) Hemos de sostener *La Broma* cueste lo que cueste, porque sabemos que ella es necesaria para batallar en los futuros días de la lucha ardiente de la inteligencia contra la ignorancia (...) Cuenta con esforzados paladines y

---

<sup>3</sup> Ibidem, cursivas en el original.

militan en sus filas hombres de corazón y voluntad de hierro”<sup>4</sup>.

*El Unionista*, sin embargo, se quejaba de que su trabajo aún no había dado sus frutos:

“Por más que se ha luchado en el sentido de dar impulso a una buena idea no se ha conseguido todavía que el indiferentismo desaparezca (...). Hay un gran número de personas que permanecen ajenas a nuestras luchas sociales (...). Si la sociedad tuviese que esperar de la iniciativa de ellos, las reformas que necesita podíamos afirmar que nunca se realizarían...”<sup>5</sup>.

Asimismo, para los redactores de *La Perla* la misión del periódico quedaba expuesta en las siguientes líneas, y también estaba ligada con el progreso de su comunidad:

“*La Perla*, como hemos dicho tantas veces, es y será el órgano genuino entre nosotros, y ella hoy más que nunca sabrá cumplir al pie de la letra su marcada misión. (...) Ella marchará por la vía del progreso marcando lentamente la obra de nuestra reorganización: que debe abrir paso a nuestro porvenir futuro”<sup>6</sup>.

Es necesario aquí hacer hincapié en esta visión de la comunidad afroporteña como “atrasada”, acorde con los designios de un mundo que dividía a la población en “razas” cada vez más estancas en una línea evolutiva que llevaba inexorablemente a un “progreso” representado por el par cultura(europea)/raza(blanca). Verena Stolcke (1992) señala que una de las paradojas de la modernidad es la “culpabilización” de los menos “exitosos”, casualmente en su mayoría personas racialmente diferenciadas gracias a categorías surgidas para ordenar la fuerza de trabajo en la economía-mundo capitalista (Wallerstein, 1991). Una paradoja basada en la insistencia del liberalismo en la libertad e igualdad de oportunidades para todos dentro del ámbito de lo “civilizado”. Así, quienes no logren el éxito

<sup>4</sup> *La Broma*, “Nuestra misión”, 21 de enero de 1878, cursivas en el original.

<sup>5</sup> *El Unionista*, “Indiferencia”, 30 de diciembre de 1878.

<sup>6</sup> *La Perla*, “Nuestro periódico”, 8 de junio de 1879. Las cursivas son nuestras.

social/económico deben buscar en sí mismos las razones de su fracaso, ocultándose de este modo las relaciones de dominación existentes.

Efectivamente, la paradoja de la modernidad recaía de manera especial sobre los afrodescendientes, cuyos intelectuales retomaban y resignificaban los ideales universalistas del progreso, la razón y la igualdad y entendían que sus propios comportamientos y faltas originaban su situación de pobreza y marginalidad social. Como explica Raymond Williams, “(l)a verdadera condición de la hegemonía es la efectiva autoidentificación con las formas hegemónicas; una «socialización» específica internalizada de la que se espera que resulte positiva pero que, si ello no es posible, se apoyará en un (resignado) reconocimiento de lo inevitable y lo necesario” (1980: 141). Lo interesante aquí es cómo esta imposición de la necesidad de “progresar” era retomada y sentida por los intelectuales subalternos, que se reapropiaban de aquel discurso y se investían explícitamente en mediadores (delineando su papel de intelectualidad) entre las demandas de los grupos hegemónicos ligados con el Estado y una comunidad a la que había que educar y disciplinar, a la vez que defender:

“Aquí tenemos un grupo de hombres agrupados, unidos, de ese modo es como mejor se comprende el poder de sus fuerzas, la unión es la que hace de todo (...) También *en medio de esa sociedad debe haber una persona ilustrada, se entiende, una teórica que la guíe por medio de sus razones, a un terreno en que ellos la comprendan perfectamente y obren por ese medio a todo aquello que sea mejor para ellos*. Porque los miembros de una sociedad compuesta de gente trabajadora podrá entender todo aquello que se relacione a sus trabajos y necesidades en su vida, pero no podrá, si no tiene entre ellos uno que tenga ilustración en las ciencias teóricas, para que el brillo de las ideas que dimana de los estudios sea en provecho de la corporación”<sup>7</sup>.

El conocimiento de lo que supuestamente era la comunidad y de lo que había que hacer para mejorarla impulsaba a los periodistas

---

<sup>7</sup> *La Juventud*, “La sociedad obrera”, 29 de febrero de 1876.



afrodescendientes a guiar el cambio a través de la labor de sus periódicos, como explicitaba *La Broma*:

“Así vemos la reacción favorable que se opera entre nuestros hermanos de raza (...) Parece que al fin hemos comprendido el deber imperioso que pesaba sobre nuestros hombres, de estimularnos íntimamente en el amor a las letras y tratar de inculcar en el espíritu de nuestras masas ignorantes las ideas liberales que se elaboran en el siglo XIX, que son: PROGRESO, EDUCACIÓN Y UNIÓN”<sup>8</sup>.

Así, por esta tarea que se autoimponían los intelectuales subalternos y por la férrea convicción que tenían en la fuerza del periodismo para generar cambios sociales, los periódicos comunitarios mostraban a lo largo de sus páginas fuertes discursos que aleccionaban sobre distintos temas, aunque eran las secciones editoriales las que se erigían como protagonistas en este terreno<sup>9</sup>.

Uno de los ejemplos más claros del embate disciplinador de los intelectuales afroporteños lo podemos ver en la gran cantidad de espacio y esfuerzo destinado a la “moralización” de la mujer (y del hombre) y a su circunscripción a la esfera del hogar, identificándola con la tarea reproductora y maternal, según los cánones que los grupos hegemónicos imponían en la sociedad<sup>10</sup>:

“Fortificar la castidad de la mujer es ya de necesidad, asociándola al hogar para que pueda honrarlo y bendecirlo, y emplearemos todos nuestros esfuerzos e indicaremos todos los medios hasta conseguir que el hogar doméstico se convierta en el verdadero santuario”<sup>11</sup>.

También había gran cantidad de esfuerzo destinado a que los afroporteños ingresaran en un mercado de trabajo en formación y en la

---

<sup>8</sup> *La Broma*, “Ideas benéficas”, 2 de octubre de 1879, mayúsculas en el original.

<sup>9</sup> Si bien aquí abordamos específicamente la labor de los intelectuales afroporteños en el disciplinamiento de su grupo, es necesario aclarar que existían resistencias, matizaciones y negociaciones dentro de la misma comunidad a estas imposiciones, como así también grandes diferencias entre los propios periodistas acerca de cómo llevar adelante los cambios que proponían (Geler, 2008).

<sup>10</sup> Este tema lo tratamos especialmente en Geler (en prensa).

<sup>11</sup> *La Juventud*, “El hogar doméstico”, 20 de agosto de 1878.

modalidad del trabajo asalariado, resultado de un capitalismo cada vez más extensivo (Sábato y Romero, 1992):

“El trabajo es por sí solo una riqueza que asegura la independencia personal del hombre. Con el trabajo se adquiere y se aglomera la propiedad, y la propiedad asegura la subsistencia y el bienestar del individuo, de sus hijos, y el porvenir próspero de la familia. Y como la sociedad se compone de familias y hombres, resulta que enriqueciendo por el trabajo los ciudadanos, la sociedad también enriquece y prospera, y la patria se hace gradualmente rica y poderosa, y con su poder y riqueza halla los medios de hacerse respetar de los otros pueblos y de asegurar su independencia y libertad del mismo modo que la asegura el individuo trabajando. Porque estamos ciertos, que un pueblo indolente y perezoso, sin industria ni ingenio para la producción, será pobre; y un pueblo pobre, jamás llegará a ser ilustrado, poderoso y grande”<sup>12</sup>.

A la moralización de la mujer y al disciplinamiento laboral se sumaban, entre otras, las indicaciones acerca de cómo “comportarse”, y esto según las normas de “civilidad” que los grupos hegemónicos instalaban como propias y como “civilizadas” (Devoto y Madero, 2000) frente a un mundo popular que se veía cada vez más grotesco e incontrolado:

“...lo cortés no quita lo valiente, dice el proverbio, ni el ser pobre constituye guaranguería, se puede ser muy pobre, como tener finura en los modales y decencia en todos los procedimientos”<sup>13</sup>.

Los comportamientos públicos e incluso privados debían cambiar, según lo entendían los intelectuales subalternos, porque esto traería aparejado el tan mentado progreso. Y los periódicos que se veían como promotores del cambio también se atribuían el éxito del mismo:

“Estamos satisfechos de nuestra obra (...) Las reuniones de algunas familias de humilde posición, como lo son en su

---

<sup>12</sup> *La Broma*, “Educación y trabajo”, 6 de diciembre de 1877.

<sup>13</sup> *La Juventud*, “Casa de crítica”, 10 de junio de 1878.

mayor parte las que pertenecen al conjunto de que esta hoja tiene el honor de ser su órgano genuino, en locales de importancia (...) hablan bien alto en pro de nuestro adelanto moral y material. El orden más completo reina en nuestras tertulias, cada uno se esmera por presentarse a ellas en la forma más decente y por demostrar en el festivo local el grado de educación y buen tono del que podemos hacer alarde (...) (H)emos adelantado notablemente, de ocho o diez años a esta parte, en todo, hasta en nuestro modo de bailar”<sup>14</sup>.

Del mismo modo, se utilizaban las páginas de las publicaciones para disuadir a los lectores de concurrir a ciertas fiestas públicas, como la Romería del Pilar, que se definían como lugares donde había:

“(c)oloquios desenvueltos de uno a otro sexo, rencillas y borracheras son el principio, medio y fin de estas fiestas tan celebradas, o en otros términos, de estos concursos del vicio”<sup>15</sup>.

La incitación al asociacionismo -nuevamente ligado con las prácticas “civilizadas” de sociabilidad y fuertemente impulsadas desde el Estado (Sábato, 2002)- era otro de los pilares sobre el que los intelectuales subalternos basaban sus discursos de regeneración:

“Causa pena, inspira tedio, y sobre todo da vergüenza, el solo hecho de considerar y ver que todas las colonias extranjeras residentes en Sudamérica aúnan sus elementos, formando Institutos de Beneficencia, Colegios, Centros Sociales, etc., mientras nosotros somos los únicos que permanecemos aislados, sumidos como en un caos, desempeñando a las mil maravillas el rol de parias en nuestra propia casa”<sup>16</sup>.

Asimismo, la educación se imponía como tema en los editoriales de los periódicos, ya que era un pilar básico sobre el que se construía una nación civilizada sostenida por un pueblo que debía ejercer la

<sup>14</sup> *La Broma*, “Nuestras tertulias sociales”, 13 de abril de 1882.

<sup>15</sup> *La Juventud*, “Al fin se acabaron!!”, 30 de octubre de 1878.

<sup>16</sup> *La Juventud*, “¿Caen o se levantan?”, 30 de octubre de 1878.

soberanía y al que los grupos hegemónicos veían como atrasado y poco ilustrado (Otero, 1999)<sup>17</sup>:

“Eduquemos a nuestros hijos, si queremos que lleguen a ocupar el puesto que les corresponde como ciudadanos en los destinos de la patria. Para conseguir lo que aspiramos y a lo que tenemos derecho, según nuestra carta fundamental”<sup>18</sup>.

Gracias a que los periódicos afroporteños sustentaban una esfera pública particular de identificación y comunicación de gran importancia para la comunidad, el movimiento disciplinador que tan claramente podía leerse desde los editoriales tenía su apoyo en que éstos se erigían como efectivos centros de control y vigilancia de lo que sucedía en la comunidad. Se conformaban -en palabras de Foucault (2005)- en un “panóptico” de la regeneración que denunciaba y exponía públicamente todos los comportamientos y actitudes que se consideraran fuera de las normas de la civilidad. El trabajo de control, denuncia y exposición pública de los periódicos quedaba singularmente expresado en las siguientes frases de *La Broma*:

“(L)os asuntos sociales que tocamos, es porque los conocemos, las cuestiones que en la sección correspondiente se ventilan y que no dejan de tener su interés común con nuestras necesidades, son perfectamente garantidas y pertenecen a personas idóneas que saben donde les aprieta el zapato, como vulgarmente se dice, con que así creemos que nuestro servicio satisfará a nuestros favorecedores”<sup>19</sup>.

Algunas de las expresiones de esta cita son muy elocuentes: “ventilar” las cuestiones sociales era algo que los periódicos afroporteños hacían cada vez que se publicaban, a través de las distintas secciones de noticias sociales. Asimismo, los que informaban y los denunciados

---

<sup>17</sup> Igualmente, el papel de la escuela en la Argentina fue fundamental como medio de integración de los millares de inmigrantes europeos que llegaban por estas épocas al país, y las políticas públicas que se establecieron para generalizarlas marcaron un hito en la historia nacional.

<sup>18</sup> *La Broma*, “Nuestra misión”, 27 de enero de 1881.

<sup>19</sup> *La Broma*, “¿Por qué se llama La Broma?”, 24 de agosto de 1879, cursivas en el original.

sabrían donde les “apretaba el zapato”. La denuncia pública estaba, evidentemente, dentro de las actividades que las publicaciones ejecutaban sin ningún tipo de restricción y como parte de la misión periodística para guiar el cambio social. Los señalamientos públicos se hacían tanto directamente como de forma solapada, advirtiendo de las posibles consecuencias de los malos comportamientos:

“Advertencia -A quien corresponda. Se asegura (...) que una señora encargada de (...) ciertos objetos destinados a un fin humanitario, reúne personas (...) para censurar mordazmente la mayor parte de las obras ( donadas) (...). Con más datos volveremos sobre el asunto, si fuese necesario, para extirpar estos abusos indignos”<sup>20</sup>.

Pero este poder de exposición pública no siempre se utilizaba para denunciar. Muchas veces se usaban las páginas de los periódicos para ensalzar a alguien o aplaudirle por sus acciones o méritos, e incluso se ofrecía la publicación de los nombres en los periódicos como premio por buenas acciones como era sumarse a alguna lista de suscripción a favor de algún desafortunado, lo que mostraba la gran importancia que tenían los periódicos como medios de construcción y sostenimiento de lazos solidarios comunales y también de legitimación pública, tanto de quienes aparecían mencionados en sus columnas como de sus redactores:

“Volvemos a repetir: esperamos de la filantropía de nuestra comunidad. Cada uno contribuya con lo que pueda o lo que quiera. Los nombres y la cantidad con que contribuya cada persona se publicarán sucesivamente en este periódico”<sup>21</sup>.

Vemos, entonces, que los periódicos eran armas de doble filo. Por un lado, y siempre redundando en estatus y prestigio para sus colaboradores, afianzaban una contra esfera pública subalterna y se constituían como un medio de comunicación intracomunitaria, generando lazos de solidaridad y de identificación. Por el otro, eran un medio eficaz de control social, de denuncia pública y de

---

<sup>20</sup> *El Unionista*, “Noticias varias”, 9 de diciembre de 1877.

<sup>21</sup> *La Broma*, “Cumplamos con un deber”, 4 de junio de 1880.

disciplinamiento, y esto no era menor cuando nos situamos en el contexto de consolidación estatal-nacional que estaba teniendo lugar.

### **3. EL ESTADO Y SUS MEDIADORES**

Los periodistas, redactores y colaboradores de los periódicos afroporteños asumían su condición de intelectuales y la potenciaban a través de su incansable trabajo de propaganda en los periódicos comunitarios. Al compás de lo que sucedía en el resto de la urbe, estos últimos eran entendidos y utilizados como un motor de cambio y guía hacia la “civilización”, en la que los intelectuales subalternos veían la llave para abandonar el “atraso” en que su comunidad era ubicada según las representaciones que construían los grupos hegemónicos y que eran revalidadas por ellos en un claro proceso de producción de hegemonía. Y -si bien los intelectuales ganaban y detentaban prestigio y poder- “civilizar” a la comunidad afroporteña implicaba varias ventajas para los grupos hegemónicos y para el Estado en consolidación. La incansable labor de los intelectuales subalternos no sólo viabilizaba la diseminación de las ideologías de castidad, familia, maternidad, educación, civilidad, argentinidad, etc. en un sector importante del mundo popular, sino que se estaba ayudando/negociando a que el sistema de economía liberal se instaurara de manera óptima entre la población, que debía ser disciplinada para conformarse en “pueblo/nación” y también en fuerza de trabajo ordenada y disponible. Simultáneamente, generalizaba el control y el castigo al desvío de la norma (vía denuncia pública) facilitando la tarea del Estado de administrar a sus sujetos. Los intelectuales subalternos -que salían a la defensa de su comunidad cuando ésta sufría episodios graves de discriminación (Geler, 2006), que debían sortear las resistencias que sus actitudes provocaban y negociar entre sí y con la comunidad acerca de cómo llevar adelante los cambios (Geler, 2008)- eran asimismo, y como tales, agentes disciplinarios de un Estado en consolidación. Pensamos, por lo tanto, que el papel de mediadores de los intelectuales afroporteños fue fundamental para la implantación del régimen de control y disciplinamiento estatal en sectores populares a los que éste previamente no tenía llegada, formando parte -a través de los

intelectuales- del bloque social (Hall, 1985) que dio cabida a la instauración del poder centralizado consolidado. Y su mediación nos permite, un siglo más tarde, comprender -a través de sus escritos y de sus proyectos- parte de un complejo proceso histórico pero también su cotidiano, sus luchas y su importancia.

## BIBLIOGRAFÍA

CHAMOSA, Oscar (1995) *Asociaciones africanas de Buenos Aires. 1823-1880. Introducción a la sociabilidad de una comunidad marginada*, Tesis de Licenciatura en Historia, Luján, Universidad Nacional de Luján.

DEVOTO, Fernando y MADERO, Marta (2000) “Introducción” en F. DEVOTO y M. MADERO (dir.) *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*, Tomo II, Buenos Aires, Taurus, pp. 7-15.

FEIERMAN, Steven (1990) *Peasant Intellectuals. Anthropology and History in Tanzania*, Madison, The University of Wisconsin Press.

FOUCAULT, Michel (2005) *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI.

FRASER, Nancy (1992) “Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy” en C. CALHOUN (ed.) *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, The MIT Press, pp. 109-142.

GELER, Lea (en prensa). “Mujeres afroporteñas a fines del siglo XIX: el ‘sexo débil’ tiene algo que decir” en M. PINEAU y F. GUZMÁN (comps.) *Africanos en la Argentina: nuevas investigaciones y debates actuales*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

- (2008) *¿“Otros” argentinos? Afrodescendientes porteños y la construcción de la nación argentina entre 1873 y 1882*. Tesis de doctorado, Barcelona, Universitat de Barcelona.

- (2006) “La sociedad «de color» se pone de pie. Resistencia, visibilidad y esfera pública en la comunidad afrodescendiente de Buenos Aires, 1880” en G. DALLA CORTE, P. GARCÍA JORDÁN

et al. (coord) *Homogeneidad, diferencia y exclusión en América Latina*, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, pp. 141-153.

HALL, Stuart (1985) “Gramsci’s relevance to the analysis of racism and ethnicity” en *International Seminar On Theoretical Issues of Race and Ethnicity*, Milan, disponible en <http://unesdoc.unesco.org/images/0006/000664/066454eb.pdf> (abril de 2007).

HALPERÍN DONGHI, Tulio (1985) *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana.

MALLON, Florencia (1995) *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press.

OTERO, Hernán (1999) “Demografía política e ideología estadística en la estadística censal argentina, 1869-1914”, *Anuario del IEHS* 14, pp. 43-70.

SÁBATO, Hilda y ROMERO, Luis Alberto (1992) *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana.

SÁBATO, Hilda (2002) “El fervor asociativo” en R. DI STEFANO, H. SÁBATO, L.A. ROMERO Y J.L. MORENO *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis, pp. 104-131.

- (1998) *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862--1880*, Buenos Aires, Sudamericana.

STOLCKE, Verena (1992) *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*, Madrid, Alianza.

WALLERSTEIN, Immanuel (1991) “El conflicto de clases en la economía-mundo capitalista” en E. BALIBAR e I. WALLERSTEIN *Raza, Nación y Clase*, Madrid, IEPALA, pp. 179-193.